

LECCIÓN III

LA EDUCACIÓN EN ROMA

Dos períodos en la educación romana. — Educación de los primeros Romanos : educación física y militar. — Roma en la escuela de Grecia. — Por qué no tuvieron grandes pedagogos los Romanos. — Varrón. — Cicerón. — Quintiliano. — *La Institución oratoria*. — Pedagogía general. — Primera educación del niño. — La lectura y la escritura. — Educación pública. — Deberes de los maestros. — La gramática y la retórica. — Estudio simultáneo de las ciencias. — Escuelas de filosofía. — Séneca. — Plutarco. — *Vida de los hombres ilustres*. — Tratado de la *Educación de los niños* : profundo sentimiento de la vida de familia. — Educación de las mujeres. — Importancia de la poesía en la educación. — Enseñanza de la moral. — Marco Aurelio y la educación personal. — Conclusión.

Dos períodos en la educación romana. — Como hemos visto, en Grecia se practicaron dos sistemas opuestos de educación : en Esparta, una educación exclusiva y guerrera, en la cual se descuidaba totalmente la cultura intelectual; en Atenas, una educación completa que conciliaba armoniosamente el cuidado del cuerpo y el desarrollo del espíritu y por la cual, según las expresiones de Tucídides, « se filosofaba sin relajarse. »

Durante el largo curso de su historia, Roma siguió, sucesivamente, ambos sistemas. En la época de la República, hasta la conquista de Grecia, prevaleció la educación esparciata; y en la de los emperadores, dominó la educación ateniense con muy marcada tendencia á poner por encima de todo la educación literaria y oratoria.

Educación de los primeros Romanos. — Las primeras escuelas no se abrieron en Roma sino á fines del tercer siglo antes de Jesucristo. Hasta entonces, los romanos no habían tenido por maestros más que á

sus padres y la naturaleza. La educación era casi exclusivamente física y moral, ó mejor dicho, militar y religiosa. Por una parte los ejercicios del campo de Marte, y por la otra, la recitación de los cantos salios, especie de catecismo que contenía los nombres de los dioses y las diosas; y además, el estudio de las Doce Tablas, es decir de la ley romana. De esa educación natural salieron los hombres más robustos, más valerosos, más disciplinados y más patriotas que jamás existieron. Roma es la gran escuela de las virtudes cívicas y militares. Los Romanos no tratan ya, como los Atenienses, de procurar la perfección del cuerpo y del espíritu de una manera desinteresada. Roma trabaja con un fin práctico : no la guían sino consideraciones de utilidad; no se cuida del ideal y quiere, simplemente, formar soldados y ciudadanos obedientes y abnegados. No conoce al hombre : conoce sólo al ciudadano romano.

Las virtudes de los primeros Romanos, virtudes prácticas que perjudicaban una especie de insensibilidad huraña y el menosprecio de las cosas del espíritu, pueden atribuirse, haciendo excepción de las circunstancias del medio y de la raza, á tres ó cuatro causas principales. En primer lugar, á una rigurosa disciplina doméstica : la autoridad del padre era absoluta y á su excesivo poder correspondía ciega obediencia. En seguida, al papel que la madre desempeñaba en la familia : en Roma la mujer disfruta de más consideraciones que en Atenas; llega á ser casi igual al hombre; es la guardiana del hogar y educa á sus hijos. El nombre de *matrona* impone respeto. Coriolan, rebelde á su patria, se inclina ante las lágrimas de su madre Veturia. La gran Cornelia es la institutriz de sus hijos, los Gracos, á quienes llama « sus joyas más preciosas. » Además, agrégase la influencia religiosa á la acción de la familia. El Romano vive rodeado de dioses. Cuando se destetaba á un niño, la leyenda exigía que una diosa le enseñase á comer y otra á beber; después, cuatro diosas guiaban sus primeros pasos y le tomaban las manos. Todas esas supersticiones imponían la regularidad y la corrección en los actos más comunes de la vida cotidiana. Res-

pirábase entonces en una atmósfera divina. Por último el joven romano aprendía á leer en las leyes de las Doce Tablas, es decir, en el Código civil de su país, y así se acostumbraba desde la niñez á considerar la ley como una cosa natural, inviolable y sagrada.

Roma en la escuela de Grecia. — No duraron mucho las costumbres primitivas. Bajo la influencia griega, alteróse la pureza romana y, como dice Horacio, la Grecia conquistó á su vez, á su arrogante vencedor. La afición á las letras y á las artes se introdujo en Roma á fines del siglo III antes de Jesucristo y transformó la educación austera y ruda de los primeros tiempos. Enamoráronse entonces los romanos del lenguaje florido, de la dialéctica sutil; abriéronse escuelas; los rectores y los filósofos se convirtieron en maestros de la educación y ya los padres no se encargaron de instruir á sus hijos. Conforme al método ateniense los entregaban á esclavos sin inquietarse de los defectos y aun de los vicios de esos vulgares pedagogos:

« Si tienen algunos buenos servidores, dice Plutarco, convierten á unos en labradores de sus tierras, á otros en patronos de sus navíos, á otros en carteros, ó en receptores, ó en banqueros para manejar y traficar sus dineros; y si alguno hay que sea ebrio, gloton é inútil para todo buen servicio, á ese es al que le confiarán á sus hijos (1) ».

Por qué no tuvo Roma grandes pedagogos. — En el siglo de Augusto, cuando la literatura latina florece con todo su brillo, causa asombro el no encontrar, como en el siglo de Pericles, algún gran pensador que, á ejemplo de Platón y Aristóteles, exponga ideas generales sobre la educación y se distinga por alguna obra notable de pedagogía. Esto depende de que los romanos nunca gustaron de las ciencias desinteresadas, de las investigaciones especulativas y sólo se distinguieron en las ciencias prácticas, verbigracia en el derecho, en el cual sobresalieron. Ahora bien, aunque en un sentido, la pedagogía es una ciencia práctica, se apoya, sin embargo, en principios filosóficos, en el conocimiento de la naturaleza humana, en una concepción teórica del destino del hombre: cues-

(1) Plutarco, *de la Educación de los niños*.

iones que dejan frios á los romanos y que el mismo Cicerón apenas tocó de paso, después de Platón, cuyas obras traduce con magnífico lenguaje.

Nótese, además, que los romanos no consideraron nunca, al parecer, la educación, como obra nacional, como asunto dependiente del Estado. La ley de las Doce Tablas nada dice sobre educación de los niños y hasta Quintiliano no hubo en Roma ni escuelas públicas, ni profesores oficiales. En el siglo de Augusto cada maestro tenía su método. « Nuestros antepasados, dice Cicerón, no quisieron que hubiera para los niños, reglas fijas de educación, determinadas por las leyes, promulgadas públicamente y uniformes para todos (1) ». Y da muestras de no desaprobar esa negligencia, sin dejar de reconocer que Polibio vió en ella un importante vacío para las instituciones romanas.

Cicerón. — No obstante el ser tan considerable la obra de Cicerón, apenas se lograria encontrar en ella algunas palabras relativas á la educación. Y sin embargo, el gran orador exclamaba: « ¡Qué servicio mejor ni más grande podemos prestar hoy á la República que el de instruir y formar á la juventud (2)! » Pero conformábase con escribir para ella hermosos sermones filosóficos, con más elocuencia que originalidad.

Varrón. — Un escritor menos célebre, Varrón, parece haber tenido algún instinto pedagógico. Escribió sobre gramática, sobre retórica, sobre historia y sobre geometría, verdaderos libros de educación que hoy se han perdido en su mayor parte, pero que contribuyeron, según lo atestiguan sus contemporáneos, á educar varias generaciones.

Quintiliano (35-95 después de Jesucristo). — Después del siglo de Augusto, la educación se hizo más y más oratoria y pensóse, sobre todo, en formar abogados; pero entre esos rectores vulgares, preocupados de los artificios exteriores del estilo, « mercaderes de palabras, » como decía San Agustín, es preciso distinguir un rector de orden más elevado y

(1) Cicerón, *República*, IV.

(2) Cicerón, *de la Divinación*, II.

que no separa la retórica de una cultura general del espíritu. Ese rector es Quintiliano, autor de la *Institución Oratoria*.

A la edad de veintiséis años, Quintiliano tuvo á su cargo una cátedra de elocuencia, la primera que sostuvo el Estado romano, y llamado más tarde por el emperador Domiciano para dirigir la educación de sus nietos, practicó la enseñanza pública y la privada.

La Institución Oratoria. — El libro de Quintiliano, la *Institución Oratoria*, bajo forma de tratado de retórica, es en ciertas partes un verdadero tratado de educación. El autor toma, en efecto, al futuro orador desde su cuna; da consejos á la nodriza y « sin avergonzarse de entrar en detalles nimios » sigue paso á paso la educación de su alumno. Agreguemos que en el noble ideal que concibe, no separándose la elocuencia de la sabiduría, Quintiliano se vió inducido por su mismo asunto, á tratar de la educación moral.

Pedagogía general. — Todo el libro primero es una pedagogía general, cuyas lecciones pueden aplicarse, indistintamente, á todos los niños, ya se destinen ó no al arte oratoria.

« ¿Os ha nacido un hijo? Concedid de él, desde luego, las mayores esperanzas. » Así empieza Quintiliano, que cree que nunca podría tenerse demasiada buena opinión de la naturaleza humana ni atribuirle un objeto demasiado elevado. Los espíritus rebeldes á toda instrucción son monstruos; casi siempre, la cultura es la que ha hecho falta y no es culpable la naturaleza.

Primera educación del niño. — Hay que escoger nodrizas prudentes y virtuosas. No quiere Quintiliano que sean doctas, como lo pedía el estoico Crisipo; pero exige que su lenguaje sea irreprochable. Las primeras impresiones del niño son, en efecto, muy profundas: « Los vasos nuevos conservan el sabor del primer licor que en ellos se ha echado y después de teñida la lana no recobra nunca su blancura primitiva. »

Por ilusión análoga á la de los letrados de los siglos XVI y XVII que quieren que el niño francés aprenda primero el latín, Quintiliano enseña á su discípulo el griego antes de hacerle estudiar la lengua materna.

Además, los estudios deben comenzar desde temprano: « Aprovechemos la primera edad, con tanta mayor razón cuanto que los elementos de las letras no exigen más que memoria y que ésta en los niños es muy tenaz. »

Creeríase oír á un pedagogo moderno, cuando Quintiliano recomienda que se evite todo lo que podría cansar el espíritu del niño: « Sea el estudio un juego para él: hagámosle preguntas, démosle alabanzas y que se aplauda á veces por su corto saber. »

La lectura y la escritura. — Sería preciso copiar íntegro el pasaje relativo á la lectura. Se hace mal, dice Quintiliano, en enseñar á los niños los nombres de las letras y sus lugares respectivos antes de que conozcan sus figuras. Por otra parte, aprueba el uso de las letras de marfil que el niño maneja, vé y nombra con gusto.

En cuanto á la escritura recomienda Quintiliano, para dar firmeza á la mano del niño é impedir que se desvíe, que se le ejercite sobre tablillas de madera en donde los signos están grabados en hueco. Después, los modelos de escritura deberán contener « no máximas ociosas sino verdades morales. » El pedagogo latino no quiere que se vaya deprisa en nada. « No podría creerse, dice, cuánto se atrasa la lectura cuando quiere uno apresurarse demasiado. »

Educación pública. — Quintiliano escribió sobre la educación pública y sus ventajas un alegato de los más completos que Rollin reprodujo casi íntegro (1).

No citaremos más que el siguiente pasaje que prueba cuán lejos estaban ya los contemporáneos de Quintiliano, de las costumbres viriles de los primeros tiempos, y que tiene una aplicación siempre verdadera para los padres demasiado indulgentes:

« ¿Pluguiera á los dioses que no se tuviese que reprocharnos á nosotros mismos el echar á perder las costumbres de nuestros hijos! No bien acaban de nacer cuando los relajamos con toda clase de delicadezas. Esta educación afeminada, que disfrazamos con el nombre de indulgencia, destruye todos los resortes del alma y del

(1) « Quintiliano trató este asunto con mucha extensión y elocuencia, etc. » (*Tratado de los Estudios*, libr. IV, art. 2.)

cuerpo... Formamos su paladar antes que su lengua. ¡ Crecen en literas y si tocan el suelo, ya tienen las manos de dos personas que los sostengan! ¡ Nos encanta el que digan palabras algo libres y acogemos con risas y con besos frases que no deberían permitirse ni aun á los bufones! ¡ Deberemos asombrarnos de esas disposiciones? Nosotros mismos somos quienes los hemos instruido (1). »

Deberes de los maestros. — Desde el primer siglo antes de Jesucristo, teniase ya en Roma una idea muy elevada de los deberes del maestro: « Su primer cuidado ha de ser de procurar con empeño, conocer á fondo el espíritu y el carácter del niño. » Juiciosas reflexiones acerca de la memoria, de la facultad de imitación y de los peligros de la precocidad de espíritu, ponen de manifiesto la fineza psicológica de Quintiliano. No menos inspirado está cuando traza las reglas de la disciplina moral: « El temor contiene á unos y enerva á otros... Por mi parte, quiero que se me dé á un niño que sea sensible al elogio, á quien inflame la gloria y arranque lágrimas la derrota. »

Quintiliano se rebela enérgicamente contra el empleo del látigo, « aunque lo autorice el uso, dice, y Crisipo no lo desapruebe. »

La gramática y la retórica. — Así como sus contemporáneos, Quintiliano distingue dos grados en los estudios: la gramática y la retórica. « En cuanto el alumno sepa leer y escribir, se deberá poner en manos del gramático. » Dividiase la gramática en dos partes: el arte de hablar correctamente y la explicación de los poetas, y al estudio teórico de las reglas gramaticales, agregábanse ejercicios de composición, desarrollos llamados *crios*, *sentencias*, y narraciones. Notemos que Quintiliano insiste en los procedimientos etimológicos y que concede también gran importancia á la lectura en alta voz. « Que el niño, para leer bien, comprenda bien lo que lee..... Evite, cuando lea á los poetas, las modulaciones afectadas. Á propósito de esta manera de leer, César, muy joven aún, decía perfectamente: « Si es que cantáis, cantáis mal, y si leéis ¿por qué cantáis? »

Estudio simultáneo de las ciencias. — No se

(1) Quintiliano, *Inst. Oratoria*, I, 2.

crea que Quintiliano encierra á su alumno en el reducido círculo de la gramática. Convencido de que el niño es capaz de aprender varias cosas á la vez, quiere que se le enseñe simultáneamente la geometría, la música, la filosofía.

« ¿Se deberá acaso no estudiar más que la gramática, luego la geometría y en el intervalo, olvidar lo que se haya aprendido? Á tanto equivaldría aconsejar al agricultor que no cultivase al mismo tiempo sus campos, sus viñedos, sus olivares y sus árboles y que no cuidara á la vez de sus granos, de sus ganados, de sus jardines y de sus abejas. »

Naturalmente, Quintiliano sólo considera los diferentes estudios que propone á su alumno, como los instrumentos de la educación oratoria. La filosofía, que comprende la dialéctica ó lógica, la física ó ciencia de la naturaleza y por último, la moral, proporciona ideas al orador y le enseña el arte de distribuir las en una sólida argumentación. La geometría, parienta cercana de la dialéctica, ejercita también el espíritu y le enseña á distinguir lo verdadero de lo falso. En fin, la música es una preparación excelente para la elocuencia: da la armonía y el gusto al número y á la medida.

Escuelas de filosofía. — Junto á las escuelas de retórica en las cuales se ejercitaba, sobre todo, el talento de la palabra, la Roma imperial vió florecer numerosas escuelas de filosofía, en donde se procuraba formar las costumbres. Si las virtudes romanas degeneraron, no fué por falta de predicaciones morales. Todas las escuelas de Grecia, sobre todo los estoicos y los epicúreos; y también las escuelas de Pitágoras, de Sócrates, de Platón y de Aristóteles tuvieron sus representantes en Roma; pero sus oscuros nombres apenas han sobrevivido.

Séneca. — Entre esos filósofos y moralistas del primer siglo después de Jesucristo, distínguese Séneca, que si bien es cierto no tuvo escuela, procuró en cambio, por sus numerosos escritos, conservar entre sus contemporáneos algunos restos siquiera de las antiguas virtudes. Sus *Cartas á Lucilio*, verdaderas cartas espirituales y de dirección moral contienen además

algunos preceptos pedagógicos. Así es como se empeña Séneca en dirigir los estudios escolares á un fin práctico, desarrollando el célebre adagio : « Aprendemos para la vida, no para la escuela, » (*non scholæ, sed vite dicimus*). También critica las lecturas confusas y mal digeridas, que no enriquecen el espíritu, y concluye recomendando el detenido estudio de un solo libro (*timeo hominem unius libri*). En otra carta observa que el mejor medio para esclarecer sus propias ideas es el de comunicarlas á los demás, y que la mejor manera de instruirse, es enseñar (*docendo discimus*). Citemos, por último, esta máxima tan repetida : « Los ejemplos conducen al fin, más pronto que los preceptos (*longum iter per præcepta, breve per exempla*). »

Plutarco (50-138 después de Jesucristo). — En los últimos tiempos de la civilización romana, dos nombres merecen llamar la atención del pedagogo : Plutarco y Marco Aurelio.

Aunque nacido en Beocia y no obstante el haber escrito en griego, Plutarco pertenece al mundo romano. Varias veces estuvo en Roma y en la época de Domiciano abrió allí una escuela en donde trataba de filosofía, de literatura y de historia. Muchas son las obras que nos han transmitido el fondo de esa enseñanza que alcanzó éxito extraordinario.

Vida de los hombres ilustres. — Traducidas por Amyot en el siglo XV las *Vidas paralelas* de Plutarco fueron para nuestros abuelos una verdadera escuela de moral fundada en la historia. ; Cuántos de nuestros grandes hombres, ó simplemente de nuestros hombres de bien tomaron allí en parte, la sustancia de su virtud ! L'Hôpital y d'Aubigné se nutrieron en su lectura, y Enrique IV decía de ese libro : « Ha sido como mi conciencia y me ha dictado al oído muchas cosas honestas y máximas excelentes para mi conducta y para el gobierno de mis asuntos. »

Tratado de la educación de los niños. — El célebre opúsculo intitulado *de la Educación de los niños* es el primer tratado consagrado especialmente á la educación, que nos ha transmitido la antigüedad. Muy discutida ha sido su autenticidad por críticos

alemanes ; pero esto importa poco, porque esos críticos son los primeros que reconocen que el autor del tratado, sea quien fuera, conocía perfectamente á Plutarco y resume con bastante exactitud las ideas que desarrolló más ampliamente en otras obras.

No analizaremos ese opúsculo que abunda, sin embargo, en interesantes reflexiones sobre la infancia, y sólo señalaremos su principio esencial, su punto original y dominante que es el profundo sentimiento de la familia. En la sociedad, tal como Platón la concibe, no ejerce ya el Estado su absorbente soberanía. Sobre las ruinas de la ciudad antigua, Plutarco levanta la familia y á ésta es á quien se dirige para asegurar la educación de los niños (1). No está de acuerdo con Quintiliano : lo que recomienda, es la educación doméstica é individual ; no admite las escuelas públicas más que para la enseñanza superior y á determinada edad, ya formado el joven por los cuidados de un maestro, bajo la vigilancia de sus padres, irá á seguir los cursos de los moralistas y de los filósofos y las lecturas de los poetas.

Educación de las mujeres. — Una de las consecuencias de la importancia preponderante que Plutarco atribuye á la familia es la de elevar á la vez, la condición material y moral de la mujer. En su libro *Preceptos del matrimonio* que recuerda la *Económica* de Jenofonte, restituye á la esposa su jerarquía en el hogar, y la convierte en asociada del marido para los asuntos materiales de la existencia y para la educación de los hijos. La madre amamanta á los recién nacidos. « La Providencia, dice con sencillez, concedió dos senos á las mujeres á fin de que puedan, si diesen á luz dos gemelos, alimentarlos á uno y á otro, al mismo tiempo. » La madre participará también de la instrucción de sus hijos y por lo tanto, también deberá ser instruida. Plutarco propone para ella los estudios más elevados, tales como las matemáticas y la filosofía ; pero confía aun mucho más en sus cualidades natu-

(1) Naturalmente, como todos los escritores de la antigüedad, Plutarco no habló más que para los niños de buena familia y de condición libre. « Descuida por completo, como él mismo lo dice, la instrucción de los pobres y los populares. »

rales que en la ciencia que pueda adquirir : « La ternura del alma, dice, es realizada en las mujeres, por la simpatía del rostro, por la dulzura de la palabra, por la gracia acariciadora y por la sensibilidad más exquisita. »

Importancia de la poesía en la educación. —

En una obrita intitulada : « Manera de entender á los poetas », Plutarco dijo hasta qué punto se necesitaba asociar la poesía con la educación. Más equitativo que Platón, no condena la lectura de los poetas; sólo exige que se lean con discreción, escogiendo aquellos que en sus escritos mezclan la inspiración moral con la inspiración poética.

« Licurgo, dice, no dió prueba de sabiduría cuando para contener los desórdenes de los espartanos que se entregaban á la embriaguez, mandó arrancar todos los viñedos del Peloponeso. Un medio más prudente había y era el de acercar el agua de las fuentes á los toneles de vino y volver á la razón al dios de la locura, según las expresiones de Platón, por la mano de otro dios, el dios de la sobriedad. »

Enseñanza de la moral. — Plutarco es ante todo un moralista. Si teóricamente no agrega nada á las elevadas doctrinas de los filósofos griegos en que se inspira, por lo menos entró más de lleno en el estudio de los métodos prácticos que aseguran la eficacia de los buenos preceptos y de las grandes enseñanzas. « La contemplación que se aparta de la práctica, dice, carece de utilidad. » Quiere que los jóvenes salgan de los cursos de moral no sólo más instruidos sino más virtuosos. ¡ Qué importan las máximas más hermosas si no se revelan en los hechos! Desde muy temprano deberá, pues, el joven acostumbrarse á dirigirse por sí mismo, á reflexionar sobre su conducta y á pedir consejo á su razón. Plutarco le da, además, un director de conciencia, un filósofo, á quien irá á consultar en sus dudas y á quien confiará su alma; pero lo que más importa, en su juicio, es el esfuerzo personal, la reflexión cuidadosa siempre, el trabajo interno que asimila en nuestra alma las lecciones morales que hemos recibido y que las hace entrar en nuestra substancia y por decirlo así, en nuestra carne.

« ¿ Qué podría pensarse, dice ingeniosamente, de un hombre que fuera á buscar lumbre á casa de su vecino y que encontrando el hogar bien provisto, se quedara para calentarse en él sin acordarse ya de volver á su propia casa ?

Así obran aquellos que no procuran tener una moralidad propia y que incapaces de dirigirse por sí mismos, necesitan siempre de la tutela de otro.

La gran preocupación de Plutarco, y por esto pertenece verdaderamente á la raza de los grandes pedagogos, era despertar, excitar las fuerzas íntimas de la conciencia, y así mismo la energía de la inteligencia. No sólo pensaba en la educación moral sino también en esa falsa educación intelectual que en lugar de formar el espíritu, se contenta con acumular en la memoria conocimientos indigestos, cuando escribía aquella máxima memorable : « El alma no es un ánfora que debe llenarse, sino un hogar que debe calentarse (1). »

Marco Aurelio (121-180). — El más sabio de los emperadores romanos, el autor del libro titulado *A mí mismo*, más conocido con el título de *Pensamientos*, Marco Aurelio, merece mencionarse en la historia de la pedagogía. Fué quizás el representante más perfecto de la moral estoica que es, á su vez, la más alta expresión de la moral antigua. Es el tipo más acabado de lo que pueden, para elevar un alma, la influencia de los ejemplos domésticos y el esfuerzo personal de la conciencia. Tuvo un maestro de retórica, el célebre Frontón, cuyo carácter se apreciará por este único rasgo : « Ayer trabajé mucho, escribía á su discípulo; combiné algunas figuras de las que estoy satisfecho. » En cambio, Marco Aurelio tuvo mucho que aprovechar de los ejemplos de su familia : « Mi abuelo, decía piadosamente, me enseñó la paciencia... De mi padre, adquirí la modestia... Debo á mi madre la piedad. » A pesar de su modestia que le hacia atribuir á otros todo el mérito de su virtud, á él mismo sobre todo, á un esfuerzo perseverante de su voluntad y á un perpetuo examen de su conciencia fué á lo que debió el

(1) No es que Plutarco desprecie la memoria : « Sobre todo hay que ejercitar y acostumbrar la memoria de los niños, porque es el tesoro de la ciencia. »

llegar á ser uno de los hombres más virtuosos y, después de Sócrates, el más sabio y el más santo de los moralistas de la antigüedad. Sus *Pensamientos* nos muestran en acción esa educación de sí mismo que en nuestra época ha sugerido á Channing tan hermosas reflexiones.

Conclusión. — Fuerza es confesar, en resumen, que la literatura latina es pobre en materia de educación. Algunas frases diseminadas aquí y allá en los autores clásicos, demuestran, sin embargo, que no permanecían completamente extraños á las cuestiones pedagógicas.

Horacio profesaba la libertad de espíritu y declara que él no se sujeta á « jurar sobre las palabras de ningún maestro (1). » Por otra parte, Juvenal definió el ideal del objeto de la vida y de la educación, cuando dijo que era preciso desear sobre todas las cosas « un alma sana en cuerpo sano (2). » En fin Plinio el joven, en tres palabras, *multum, non multa*, « á fondo y no muchas cosas », fija un punto esencial del método pedagógico y recomienda que se prefiera el estudio profundo de una sola ciencia al estudio superficial que se extiende á demasiados asuntos.

Pero á la vez que por su gusto, por la justicia de su pensamiento y por la perfección de su estilo, merecen los escritores latinos ser colocados al lado de los griegos, como maestros de la educación literaria, también debemos considerarlos como los guías siempre respetables de la educación moral. Tanto en Roma como en Atenas, lo que constituye el fondo de la enseñanza es la adquisición de la virtud; lo que preocupa tanto á Cicerón como á Platón, á Séneca como á Aristóteles, no sólo es la extensión de los conocimientos y el desarrollo de la instrucción, sino el adelanto de las costumbres y el perfeccionamiento moral del hombre.

(1) « *Nullius addictus jurare in verba magistri.* »

(2) « *Orandum est ut sit mens sana in corpore sano.* » Juvenal, sátira X.

LECCIÓN IV

LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y LA EDAD MEDIA

Nuevo espíritu del cristianismo. — Pobreza pedagógica de las primeras edades cristianas. — Los Padres de la Iglesia. — San Jerónimo y la educación de los jóvenes. — Ascetismo físico. — Ascetismo intelectual y moral. — Verdades perdurables. — Debilidad intelectual de la Edad Media. — Causas de la ignorancia en la Edad Media. — Los tres Renacimientos. — Carlomagno. — Alcuin. — Sucesores de Carlomagno. — La escolástica. — Abelardo. — Las siete artes liberales. — Métodos y disciplina. — Las Universidades. — Gerson. — Victoriano de Feltre. — Otros pedagogos de los últimos años de la Edad Media. — Resumen.

Nuevo espíritu del cristianismo. — Por sus dogmas, por la idea de la igualdad de todas las criaturas humanas y por su espíritu de caridad, el cristianismo introducía nuevos elementos en la conciencia y parecía llamado á comunicar poderoso impulso á la educación moral de los hombres. La doctrina de Cristo era, desde luego, una reacción del libre arbitrio, de la dignidad individual contra el despotismo del Estado. « En lo de adelante, toda la mitad del hombre quedaba fuera de la acción del Estado. El cristianismo enseñaba que el hombre sólo pertenecía á la sociedad por una parte de sí mismo; que estaba sujeto á ella por su cuerpo y por sus intereses materiales; que como súbdito de un tirano debía someterse y como ciudadano de una república debía dar su vida por ella; pero que tratándose de su alma, era libre y no estaba sujeto sino á Dios (1). » Desde entonces ya no se procuraba tan sólo formar ciudadanos para el servicio de un Estado, y hacía su aparición en el mundo la idea de un desarrollo desinteresado de la persona.

(1) Fustel de Coulanges, *la Cité antique*, pág. 476.